

V

ALBERTO SANTAMARÍA

LO ALUCINADO Y LO (NUEVO) SUBLIME

FRAGMENTO

Una poética es una cuestión de extremos, de laderas. A ambos lados del poema permanecen en constante pugna el lenguaje, en toda su extensión, y lo real, en toda su duda y multiformidad. El tema, de este modo, creo que no es otro que concebir el poema como una ruptura del discurso, del argumento, para alcanzar un nuevo espacio ignorado e ignorante. O mejor aún, concebir el poema como la posibilidad de una multiplicidad de discursos dentro de un solo eje, donde el poeta desconoce la meta que ha de alcanzar. Por eso entiendo el poema como una lucha continuada entre lo real y la imaginación, entre un mundo real y un mundo imaginado. La imaginación (también con sus cargas irónicas) es un criterio fundamental. Es algo así como el veneno necesario para que el poema crezca. “La palabra poética funda la realidad porque es una palabra imaginativa y no fantástica”. La imaginación tiene ese carácter activo, venenoso, que hace mutar a la palabra y a la realidad, y de este modo es clave para la creación poética. El poema es el espacio donde es posible concebir lo real no como un mero dato intuitivo, un simple hecho *datablee periodísticamente* sino donde eso real (ese dato en su simpleza) puede ser *mostrado* mediante un proceso de apertura del lenguaje. Un efímero poeta como fue Sócrates, del que se sabe compuso algún poema perdido, afirmaba que la poesía debía “fabricar mitos y no discursos argumentativos”. El *discurso simple* (idiotés) es el propio del *contador de hechos*, mientras que el poeta debe *fabricar mitos*. El lenguaje, así, es el punto inicial de fricción. El poema es un espacio donde lo real es violentado por el simple hecho de pasar de ser un simple dato a “deshacerse” en su potencialidad y posibilidad en la palabra (mito)poética. Por otra parte, eso real también presiona. Lo real es también un proceso. Por eso, al construir un poema *todo puede tener cabida*. La ruptura llevada cabo en el siglo XX con respecto a la cúpula totalizadora de cierto sistema decimonónico, donde lo real quedaba enmarañado en conceptos y nunca se acercaba a la experiencia, es otro factor esencial que afecta a toda poética contemporánea. En este sentido intento seguir a Zagajewski cuando este afirma: «Cabe decir que hoy debemos entender lo sublime de otra manera; hay que despojar a esta noción de su pomposidad neoclásica, de su hinchazón alpina, de su exageración teatral; hoy, lo sublime es en primer lugar una experiencia del misterio del mundo, un escalofrío metafísico, una gran sorpresa». Se trataría de crear una nueva sublimidad

desde un nuevo ángulo, es decir, crear un *contra-sublime*. (Este sería mi humilde objetivo). Así, lo sublime de las poéticas románticas heredadas de Kant, ese sublime como insinuación de Ideas de la razón; esa violencia en busca de la trascendencia, esa búsqueda heroica del Todo, de los Alpes como modelo de un sentimiento superior, de lo infinito en lo finito *a lo Schelling*, como escenificación de una escisión entre el yo y el no-yo; ese sublime (repito) se convierte ahora, robando unas palabras a Jean Francois Lyotard, en un sublime inmanente, en una *poética del límite*, robando palabras ahora Eduardo García, en una sorpresa que parte de lo visible y se entremezcla con lo imaginario (e incluso, tomando unas palabras a Hierro, *con lo alucinatorio*). La alucinación, entendida como un proceso de intromisión de lo irreal en lo real, es, de alguna forma, lo que podemos definir como un *interés y proyecto poético personal*. No puedo negar en este punto que la presencia de la poesía de José Hierro ha sido para mí, desde el principio, un modelo poético a seguir. (*Imaginar y recordar / se superponen y se confunden...*) escribe en el *Libro de las alucinaciones*. Esa es la idea. Desde una realidad mínima el poeta introduce mediante la palabra poética la irrealidad, creando de este modo un nuevo contexto.

La alucinación así entendida, como una reformulación de lo sublime, que aquí evidentemente he expuesto de modo apresurado, sería algo así como una especie de largo y difícil objetivo teórico y poético. El sujeto que alucina, el poeta, en el proceso alucinatorio pierde la capacidad de distinguir lo que es un objeto interno y una realidad externa, perdiendo de este modo el poeta en el proceso del poema el presunto sentido argumental de la realidad. Todo de este modo puede tener cabida.

EL MAPA DE LOS HECHOS

Con delicadeza voy comiendo cacahuets. La fina piel de biblia que los envuelve me produce cosquillas en alguna parte de mi mano. No creo que aquellos fueran años felices. Es fácil pensarlo ahora cuando sentado sobre un taburete de madera, hecho seguramente con las manos de alguno de estos viejos, doy pequeños sorbos a un enorme vaso de cerveza. La felicidad tiene esta forma desenfadada de adaptarse a los hechos. No diré que no encuentro cierto placer descarnado en este simple estar entre cosas. A esto es a lo que tú llamarías el *mapa de los hechos*. Pero poseo unas hermosas vistas a la tarde, con las paredes recubiertas de madera, con las ventanas forradas con cartones que empiezan a despellejarse como cobriza piel de plátano, con los techos cosidos con oxidadas planchas de metal acanalado, con restos de ladrillo y piedra roja sin tallar de algún viejo jardín romántico a medio construir... La lista sería inmensa si no fuera por esta tendencia a confundir mis ideas con estas

migas que llamamos lenguaje. El azar, dices, tiene el rostro de un animal muerto. Es invierno. Por la parte trasera, ya tarde, enormes grúas regresan de su trabajo. La espera deja tras de sí huellas blancas como espuma. Observa esa rama, en su vientre la nieve forma ya pequeños círculos.

Alberto SANTAMARÍA (Torrelavega, Cantabria, 1976) es doctor en Filosofía por la Universidad de Salamanca. Ha publicado los libros de poemas *Herencia del Humo. La historia de Bonnie y Clyde* (2002), *El orden del mundo* (2003, Premio Surcos), *El hombre que salió de la tarta* (2004, Premio de Poesía Radio 3) y *Notas de verano sobre ficciones del invierno* (2005, Premio Vicente Núñez). En 2003 editó la poesía ultraísta de José de Ciria y Escalante bajo el título *De mi sortija penden todos los merenderos*. También es autor de los ensayos *El idilio americano. Ensayos sobre la estética de lo sublime* (2005) y *El poema envenenado. Tentativas sobre estética y poética* (2008, Premio Internacional de Crítica Literaria Amado Alonso). En la actualidad dirige la revista de poesía *Nadadora*.